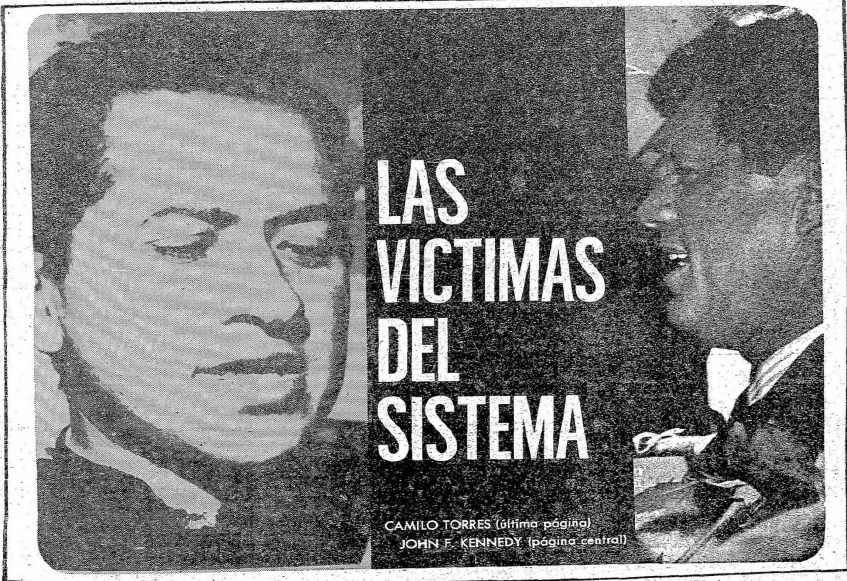




MARCHA



LAS VICTIMAS DEL SISTEMA

CAMILO TORRES (última página)
JOHN F. KENNEDY (página central)

ERNESTO HERRERA

ANGEL RAMA
ATAHUALPA DEL CIOPIO

CIRO ALEGRIA

CARLOS REAL DE AZUA

EL FIN DE LA CONFERENCIA

MARCOS GABAY

Herrerita: Un clásico

El crítico norteamericano Gustav Schauer, el mejor poeta lírico y condador de la obra del dramata uruguayo.

El 14 de agosto de 1911, en el Teatro Cívico, se demostró que la muerte de Florencio Sánchez no había sido también la muerte de la dramaturgia uruguaya. Ese día el público uruguayo confirmó el talento de un periodista joven y bohémio, Ernesto Herrera; conoció una obra sólo parangonable a Barresca abajo, la que, por su audaz tema nacional, por su entera estructura artística, por su original estructura dramática, es el texto más importante de todo nuestro teatro: El León Ciego.

En esa fecha Ernesto Herrera acababa de cumplir sus 22 años, y ya tenía publicado un libro de cuentos —Su Majestad el Hambra, Melo, 1910, con prólogo de Rafael Barrett— y estrenadas dos obras: El estanque (setiembre de 1910), y Mala laye (enero de 1911). Estaba en ese intenso y feliz período creador que apenas le duró tres años. Todavía en noviembre de 1911 estrenaba en Melo la primera versión, en dos actos, de La Moral de Misé Paca, que al año

siguiente se conocería en forma íntegra con sus tres actos. En un año lleno de vida y entusiasmo hacia periodismo en La Semana y en La Razón recorría el país con compañías de teatro nacional hablando de Sánchez, por quien su admiración no tenía límites; Ofelia Silva, a quien había conocido el año anterior, le estaba por dar un hijo, el que nació el 25 de diciembre y a quien llamó Barret, testimoniando así su fervor por el maestro español; se afirmó que era el continuador de Sánchez con motivo del estreno de El León Ciego, su única obra recibida afirmativamente; incluso su perinata ama, su falta de recursos económicos, la tranquilidad de su salud, parecían poca cosa ante el halago que repentinamente tenía para él la vida. Por último, el año cerró con un augurio más: el 28 de diciembre Battle lo nombró auxiliar del Museo Nacional, con el buen sueldo, entonces, de cincuenta pesos.

Tenía 22 años, vale la pena recordarlo; desde luego que el Uruguay era más joven entonces que ahora, pero en ese Uruguay juvenil, Ernesto Herrera, Herrerita como le llamaron todos entre amistosa y paternalmente, fue el más joven, festivo, incluido de los creadores dramáticos. Tan-

bién fue el más injustamente tratado por la posteridad. Acusado de la comisión de un crimen mayor, Florencio, como un seguro de talento, nada más. Sólo dos creadores, en ambas márgenes del Plata, hicieron tenazmente su defensa: Samuel Eichenbaum en Buenos Aires y Zavala Munitz en Montevideo; para los dos fue Herrerita y su León Ciego el punto de partida de un teatro nacional.

En los años oscuros y dolorosos de su viaje a Europa, cuando intentó en vano estrenar en España el otro gran texto dramático que sus compatriotas han olvidado con perjuicio para nuestra dramaturgia. El pan nuestro, le escribía a su buen amigo Gilbert Gil: "No quiere hacer más por el foro sin terminar mi 'Pan nuestro' que, con 'El León Ciego' bastará mi paso por el mundo". Es verdad; esas dos obras, en particular la última citada, son suficientes para que no sea olvidado su nombre, para justificar el sacrificio de su vida, para dar prueba de talento y ejemplaridad.

El León Ciego, cuyo sentido hoy nos parece inabarcable: condenación de la lucha fratricida nacional, de los rezagos de barbarie, del manoseo de los hombres de campo movidos por los intereses electorales de la capital, no nos sin embargo claramente comprendida cuando su estreno. Hubo críticos, como Don Milton que escribía en La Tribuna Popular, quien afirmó que "hacía simpático un tipo absolutamente execrable", el caudillo, y hubo otros que la entendieron como una exaltación de lo que hoy llamaríamos el gauchaje. En un momento contestó en El Deber Cívico de Melo, Ego (probablemente el gran amigo y protector de Herrerita, Cesario Monegal) diciendo: "No me extraña en absoluto que un crítico metropolitanano, al estrenar en la capital la obra que nos ocupa dijera que era un canto al valor de nuestra raza imparable. A ese señor también le cayó la fiebre del León Ciego también el valor gaucha influyó más en su cerebro que la ironía serena que el autor puso al construir escenas de naturalidad tan perfecta que por sí propias, con la negación o la condenación más acerba de lo que ellas intrínsecamente representan".

No se necesitaba recurrir al conocido ideario anarquista de Herrerita para saber esto. Demasiado acostumbrados al teatro de tesis en que los personajes eran simples portavoces de una determinada opinión, algunos críticos no observaron la doble situación de la obra que puede recordarnos el modo de creación de Máximo Gorki: la presentación con simpatía y comprensión de los personajes, incluso la manera admirativa de realizar esos hombres fuertemente tallados, los caudillos; y al mismo tiempo la crítica severa de la guerra civil porque sólo significaba el deterioramiento de sangre y en nada mejoraba la situación de nuestra sociedad rural.

Aunque Herrerita había nacido y se había educado en la ciudad, conoció nuestra campaña y sus hombres, conoció nuestras guerras civiles: era una criatura de quince años —no olvidemos su sentirido físico— cuando en 1904 se incorporó al Primer Batallón de Guardias Nacionales, perteneciendo en las filas gubernamentales. Seis años después, ya no como recluta sino como periodista, —corresponsal de La Razón— vuelve a conocer el frente de batalla y probablemente allí concibe el germen de su gran drama. En 1910, ante el anuncio del regreso de Battle y O'Leary para postularse como candidato presidencial, se provoca una renoción dentro del Partido Nacional, que se expresa en la serie de movimientos militares que culminaron en Neco Pérez. En las páginas de La Razón pueden seguirse los pasos de Herrerita, corresponsal especial, y percibir tras sus reportajes sus informaciones muchas veces jugosas y pintorescas, las propias convicciones contrarias al movimiento y en general a todas las formas de la guerra civil. Con anticipación letrada diez meses después, bajo el título "La epidemia cívica", "Alguien dijo, y no sin un enorme superávit de razón que en nuestra tierra florecen las revoluciones en el cénit de las épocas y tenemos marcada en el año una época para desaparecer, como la fiesta otros países para la fiesta o para la vendimia, según la especialidad regional. Hablando del estallido de nuestra última primavera, decís en el más puerco de los epigramas una día de la vecina ciudad de San Gabriel: 'Acaba de estallar en la Banda Oriental la revolución correspondiente, en el año 1910' (La Defensa, 19 de setiembre, de 1911).

